soldado raso en un regimiento de que era coronel Mr. de Behizi. Se creyó humillar al guerrero francés recordándole que habia comenzado su carrera por ser simple soldado. Un dia, en un círculo numeroso, el baron de Thagut, ministro austriaco, le dijo: Señor embajador, tenemos aquí un antiguo oficial emigrado que pretende haberos conocido hace mucho tiempo. ¿Os puedo decir quién es este oficial? Se llama Mr. de Behizi.—Sí, lo conozco perfectamente; era mi coronel, y he tenido el honor de servir bajo sus órdenes de soldado raso: si he llegado á ser algo, lo debo á sus bondades y principalmente á la emulacion que este valiente gefe tuvo á bien inspirarme. Siento que mi actual posicion no me permita traerlo al alojamiento de los embajadores de Francia, como lo desearia; pero aseguradle mucho, os suplico, que Bernado. te su antiguo soldado, ha conservado siempre hácia él sentimientos de respeto y de agradecimiento. Quien se quedó asombrado con esta noble franqueza, fué el nécio ministro, que creyendo humillar al general francés le habia presentado ocasion de hacer conocer la elevacion de sus sentimientos.

§ III.

Moderacion en los deseos, desinterés.

Hay una noble emulacion que conduce á la gloria por el deber; pero la ambicion, ese insaciable deseo de elevarse sobre las mismas ruinas de los demas, es un vicio mas pernicioso aún á los imperios que la misma pereza. Cada uno debe contentarse con su posicion y sacar de ella toda la ventaja posible. No hay condicion alguna tan dura en la que un hombre prudente no encuentre algun consuelo.

Quien se contenta con lo que tiene es rico.

Una alma grande no aprecia el dinero sino por el buen uso que de él puede hacer. Ella se abstiene de todo provecho cuyo principio no sea puro.

Si teneis lo necesario, contentaos con ello. Los palacios, las posesiones y los montones de plata y oro, no curan ni las enfermedades del cuerpo ni las del alma.

Es mas opuesta la avaricia á la economía que la liberalidad.

El avaro es aquel que no se atreve á tocar su dinero del cual solo es un triste guardian, y parece no reservarse mas derecho que el de guardarlo. ¿Qué provecho le resulta de esto? [Varios autores.]

CINCINATO.

En un momento de crísis, los romanos eligieron cónsul á Cincinato, el hombre mas distinguido de su siglo por sus talentos militares y por la sencillez de sus costumbres. Fueron los enviados del senado y del pueblo á buscarlo á su modesta casa de campo y lo encontraron llevando él mismo su arado. Le saludaron con el título de cónsul y le presentaron el decreto de su eleccion. Aunque poco afectado Cincinato por este honor, sin embargo, el amor de la patria no le permitia vacilar; así es que aceptó.

Al separarse de su muger, le encargó el cuidado de su pequeña propiedad. Temo mucho, le dijo, que nuestros campos sean mal cultivados este año.

Consiguió con su prudencia y firmeza, aquietar las turbulencias de Roma, y volvió en seguida á su soledad á dedicarse al trabajo de los campos. Algun tiempo despues, los sabinos y los ecuos invadieron el territorio pe Roma. Cincinato fué por segunda vez llamado de su retiro. Hecho dictador y puesto al frente del ejército, obtiene una completa victoria y abandona todo el botin á su ejército sin reservarse nada para sí.

Habiendo recibido el senado la noticia de este espléndido triunfo y sabiendo la distribucion que habia hecho de los despojos, le mandó ofrecer un aconsiderable porcion de las tierras conquistadas, con los animales necesarios para cultivarlas; pero Cincinato creyó ofrecer un grand

ejemplo á su patria rehusándolo todo. Una pobreza laboriosa, era, en su concepto, la madre de todas las virtudes.

Entró triunfante á Roma, donde era conducido delante de su carro el gefe de los enemigos y un gran número de prisioneros cargados de cadenas. Los soldados romanos le seguian coronados de flores. Se dió prisa á abdicar la dictadura, cuando apenas hacia 15 dias que la habia recibido, aunque tenia derecho de conservar aquella dignidad durante seis meses. Esta moderacion, aumentando su gloria, puso el colmo á la afeccion y á la admiracion de sus conciudadanos. Por fin, sustrayéndose este grande hombre á sus aplausos, fué otra vez á emprender sus rústicos trabajos.

EL ELECTOR DE SAJONIA.

Despues de la muerte de Maximiliano I, era muy disputada la corona imperial por muchos que se creian con derecho, de los cuales los mas poderosos eran Francisco I rey de Francia y Cárlos, rey de España. Para poner término los electores á una lucha que podia degenerar en una guerra civil, resolvieron escluir á estos dos como estrangeros y poner la corona imperial sobre la cabeza de un hombre de su nacion. Escogieron de comun acuerdo á Federico de Sajonia, por sobre nombre el sábio. Pidió Federico dos dias para resolverse; al tercer dia dió las gracias á los electores y les declaró que recenocia no tener las fuerzas bastantes para sostener una carga tan grande. Habiendo sido ineficaces todas las instancias que hicieron á fin de vencer su resistencia, le suplicaron los electores que designara él al nuevo emperador, prometiéndole sujetarse á su eleccion. Rehusó de pronto Federico esta señal de confianza; en fin, cediendo á las reiteradas instancias de los electores, se declaró por el rey de España, que fué en el acto proclamado emperador de Alemania, bajo el nombre de Cárlos V.

Los embajadores de Cárlos ofrecieron á Federico, de parte de su soberano, un regalo de sesenta mil piezas de oro, las cuales no aceptó. Le suplicaron entonces los enviados que les permitiera distribuir entre

sus domésticos diez mil florines. Seria muy difícil para mi, respondió, impedir á mis domésticos recibir presentes; pero si yo averiguo que cualquiera de ellos acepta, aunque sea un sólo florin, no permanecerá un minuto mas en mi casa.

TEOFILACTO.

El Emperador Basilio el Macedonio, en una batalla contra los sarracenos, habiéndose internado demasiado en las filas enemigas, se vió cercado, oprimido, abatido y en momentos de ser muerto ó hecho prisionero. Derrepente, un soldado raso penetrando por entre la muchedumbre de los combatientes, asombra á los enemigos con prodigios de fuerza y de audacia; los repele y libra al Emperador de la muerte y de la captura. El agradecimiento de Basilio era grande, lo mismo que su valor: hizo que buscaran por todas partes al soldado que habia desaparecido modestamente despues de haberlo libertado. Lo descubrieron á fuerza de empeño; se llamaba Teofilacto. Le ofreció el emperador brillantes recompensas; pero el héroe modesto le dijo: Señor, he nacido pobre, ni mi nacimiento ni mi educacion me han preparado para los puestos eminentes que os dignais ofrecerme. No tengo ambicion, y prefiero á todos los favores de la fortuna, el honor de haberos salvado: al arriesgar mi vida por defender la vuestra, no he hecho mas que cumplir con mi juramento y llenar mi deber. Si no obstante, vuestra generosidad quiere que reciba yo un premio por una accion tan sencilla, no os pido mas que algunas yugadas de terreno para que subsista mi familia. El emperador lo precisó á que admitiera una rica y bella propiedad. El hijo de Teofilacto llegó á ser un general célebre.

ENRIQUE DE MESMES.

Habiendo ofrecido el rey Enrique II el cargo de abogado general al virtuoso Enrique de Mesmes, uno de los magistrados mas ilustres

de su siglo, le hizo notar Mesmes que este destino no estaba vacante.

Lo está, replicó el rey, porque quiero quitárselo al que lo desempeña.—Perdonadme, Señor, dijo Mesmes, despues de haber hecho, con modestia, la apología del magistrado á quien amenazaba la destitucion; querria yo mejor arañar la tierra con mis propias uñas, que entrar al desempeño de ese destino por esa puerta. Atendió el rey á su observacion y dejó al abogado general en el ejercicio de sus funciones. Se apresuró este magistrado á venir á dar las gracias á Enrique, pero este hombre generoso no podia comprender que se le agradeciera una accion que estaba, decia él, prescrita por un imperioso deber al que no habria podido él faltar sin deshonrarse.

EL CARDENAL DE AMBOISE.

Es bien sabido cuán ambiciosas son la mayor parte de los propietarios para estender sus dominios, degenerando á veces en ellos esta pasion, en una verdadera manía. El ejemplo del cardenal de Amboise les enseñará á moderar sus pretensiones y deseos.

Este cardenal, primer ministro de Luis XII y uno de los hombres mas virtuosos de su siglo, poseia en Normandía un castillo y una tierra que hacian sus delicias. Habria deseado mucho que el parque tuviera mayor estension, pero una propiedad vecina, acercándosele mucho, no le permitia aumentarlo. Se habria considerado muy feliz el cardenal adquiriendo aquel terreno, pero sabia que su vecino tenia mucho apego á su propiedad y por eso no hacia sobre esto gestion alguna.

Un dia ¡cuánta fué su sorpresa! vino su vecino espontáneamente á venderle su haber.

Con mucho gusto lo comprara y vuestro ofrecimiento me es muy grato; pero, añadió, notando que su vecino estaba sumergido en una tristeza que procuraba disimular; al mismo tiempo que vuestra oferta me agrada, ella me asombra. Os creia estremadamente aficionado á vuestra propiedad y creia que nunca os resolveriais á vendela.

Esa era mi resolucion en efecto, respondió su interlocutor suspirando; es la herencia de mis padres, que yo no queria dejarla sino con la vida; pero va mi hija á contraer un matrimonio en que se exije una dote en dinero, yo no lo tengo, y sacrifico mi dicha á la suya.

Mi querido vecino, dijo el exelente cardenal, renunciando desde luego á todo el placer que él se prometia de esta adquisicion, supuesto, que depende vuestra felicidad de la conservacion de este haber, ¿no habria un arbitrio de quedaros con él, dando siempre una dote á vuestra hija? ¿No pudierais, por ejemplo, pedir prestada sin rédito á alguno de vuestros amigos la suma que necesitais, y pagadera en largos plazos, economizar todos los años alguna cosa de vuestros gastos é irla pagando casi sin sentir? ¡Ah! Monseñor, ¿en dónde hay ahora amigos que prestan una cantidad semejante con esas condiciones? Tened mejor concepto de vuestros amigos, replicó el ministro tendiéndole la mano; contadme como uno de ellos, y recibid la suma que necesitais, con las condiciones que acabo de esplicaros. No pudo contestar su interlocutor sino con lágrimas á una conducta tan noble y generosa. El cardenal, manifestándole ser aun mas dichoso que él, ¡qué exelente negocio para mí! decia, en vez de adquirir una propiedad, adquiero un amigo.

PALABRAS DE BAYARDO.

Nunca el caballero Bayardo mendigó cargo alguno, nunca hizo alarde en presencia de su soberano, de sus dilatados y gloriosos servicios, para obtener alguna recompensa. Nuestras acciones, decia, son las que han de hablar por nosotros y pedir recompensa; es mas satisfactorio merecerlas sin disfrutarlas, que poseerlas sin ser digno de ellas.

RESPUESTA DE MENODEMO.

Le decian un dia á Menodemo, filósofo griego: Es una gran dicha tener lo que se desea.---Pero es mayor todavía, respondió él, la de estar contento con lo que se tiene.

EL PRINCIPE JARDINERO.

Seguia Alejandro el grande el curso de sus conquistas en Oriente, cuando se apoderó de la antigua ciudad de Sidon, que bajo la autoridad de los soberanos de Persia tenia un rey particular, que fué vencido y expulsado. Ofreció entonces Alejandro la corona de Sidon á dos jóvenes del país que la merecian por sus virtudes, pero á quienes las antiguas leyes de su patria no permitian que la aceptaran. Estas leyes, dijeron, no permiten elevar al trono mas que á un hombre que descienda de la antigua familia de nuestros soberanos. Lejos de ofenderse Alejandro por esta noble repulsa, les preguntó: ¿quién es, entre los descendientes de los antiguos reyes, el mas digno de la corona? y le designaron ellos á Abdolomino.

Este, á pesar de su ilustre nacimiento, estaba reducido á una estrema pobreza. Ganaba su vida con el trabajo de sus manos cultivando una pequeña huerta en los suburbios de la ciudad. Sábiamente conforme con su suerte, trabajaba con empeño, practicaba todas las virtudes y se creia dichoso.

Lo vinieron á encontrar á su huertecito, le traian de parte de Alejandro la diadema y los vestidos reales, y una inmensa multitud llenaba el aire con aclamaciones en honor suyo. Creyó de pronto Abdolomino estar soñando, y despues se figuró que por una burla odiosa querian insultar su miseria. Se persuadió por fin de que aquellas demostraciones eran verdaderas, aceptó su nuevo vestido sin turbacion, y recibió de mano de los enviados de Alejandro, el cetro y la corona, con un ademan tan tranquilo, como si hubiera tomado su hazadon.

Presentóse con un semblante noble y modesto ante Alejandro, y éste le dijo: ¿Cómo siendo de sangre noble, habeis podido soportar la miseria?— ¡Quiera el cielo, respondió Abdolomino, que tambien soporte del mismo modo la prosperidad! Hasta hoy, el trabajo de mis brazos ha bastado para llenar mis deseos. Nada tenia, nada me faltaba.

Alejandro, admirando este elevado modo de pensar, lo colmó de

regalos. Abdolomino, constante en sus costumbres, no dejó de ocuparse de sus deberes y se mostró tan laborioso en calidad de rey, como lo habia sido en clase de hortelano.

EL PANADERO POETA.

Existe en la bella ciudad de Nimes un hombre á quien ha dotado el cielo de un talento extraordinario para la poesía francesa: ha compuesto versos que la Europa entera sabe de memoria, entre otros una deliciosa elegía intitulada: *El Angel y el Niño*. Este hombre que se llama Reboul, es panadero; por lo demas está lleno de conocimientos y de distincion. En vez de salir de su modesta condicion, de recoger aplausos en los salones y de perseguir en Paris la fortuna y los honores, trabaja como artesano, hace pan. Sostiene á su familia con el sudor de su frente, en el trabajo y por el trabajo, y no reclama á su talento y á sus libros sino que le hagan agradables sus cortas horas de ocio.

Es muy grato citar ejemplos semejantes. ¡Quizá contribuyan á calmar esa fiebre ardiente que hace hoy tantos estragos! ¡Quizá hagan amar á los hombres los beneficios que derrama la Providencia en una vida modesta y escondida, y persuadirlos mas y mas de que el trabajo es una cosa santa á los ojos de Dios, honrosa á los de los hombres; fuente de abundancia, salvaguardia de la salud y prenda segura de felicidad.

EL NIÑO CONTENTO CON SU SUERTE.

Marcelino, jóven pastor, cuidaba su ganado en las montañas. Habiéndose metido en unas barrancas á buscar una de sus ovejas, en un espeso bosque, encontró en este á un hombre acostado debajo de un arbusto. Aquel hombre parecia estar rendido de fatiga y á penas respiraba.

Pastorcito, dijo el hombre, me muero de hambre y de sed; he ve-

nido ayer por estas ásperas montañas á cazar en ellas, me perdí y he pasado la noche en los bosques.

Sacó Marcelino de su cesta pan y queso fresco que le dió. Comed, le dijo y seguidme, voy á llevaros hácia un antiguo encino en cuyo tronco siempre hay agua. Comió el cazador, despues siguió á Marcelino y bebió agua que encontró excelente. Lo llevó despues Marcelino fuera de la montaña.

Entonces el cazador dijo á Marcelino: Amable niño, tú me has salvado la vida; si hubiera yo permanecido una hora mas en aquel estado, habria muerto. Quiero manifestarte mi reconocimiento. Ven conmigo á la ciudad, soy rico y te trataré como si fueras mi hijo.

Nó, contestó el niño, no iré con vos á la ciudad; tengo un padre y una madre que son pobres, pero á quienes amo mucho. Aun cuando fuerais un rey, no querria yo dejar á mis padres por vos.

Mas el cazador dice: aquí vives tú en una miserable cabaña cubierta de hoja, yo me alojo en un palacio adornado de mármol y rodeado de columnas soberbias: haré que bebas en copas de cristal y que comas esquisitos manjares en platos de rico metal.

El niño dijo: no es nuestra casita tan miserable como vos pensais; si no está rodeada de columnas, está circundada de árboles frutales y de viñas; bebemos agua cristalina que tomamos de una vecina fuente; ganamos con nuestro trabajo un alimento sencillo que nos basta, y si no tenemos en nuestra casa plata, cristal ni mármol, no carecemos de flores.

El cazador añadió: ven conmigo, niño, tamdien nosotros tenemos árboles y flores en la ciudad. Tengo un magnífico jardin con calles rectas y pobladas de árboles, y un terrazo lleno de las mas preciosas plantas; en medio de este jardin hay un magnífico salto de agua; nunca has visto cosa semejante, la agua salta en gavillas y cae convertida en espuma en un pilon de mármol blanco.

Somos felices en nuestros bosques, dijo el niño; las sombras de nuestros árboles, son, por lo menos, tan deliciosas como las de vuestras soberbias alamedas; nuestras verdes praderas están esmaltadas de flores; en derredor de nuestra casita tambien hay flores, rosas, violetas, lirios y trinitarias. ¿Creeis que nuestras fuentes sean menos bellas que vues-

tros saltos de agua? ¡Cuánto me agrada verlas salir en borbotones de las grietas de las rocas ó caer desde lo alto de las colinas para precipitarse luego en los floridos llanos!

No sabes lo que rehusas, oh niño, dijo el cazador: hay en la ciudad magníficos colegios en los que haria yo que te instruyeran en toda clase de ciencias; hay teatros en donde hábiles músicos encantarán tus oidos con armoniosos conciertos, y hay hermosos salones en que serás admitido á espléndidas fiestas.

Nó, dijo el niño, no os seguiré á la ciudad. Me enseñan en la escuela de nuestra aldea todo aquello que me es verdaderamente necesario y útil; me enseñan en ella principalmente á temer á Dios, á honrar á mis padres, á imitar sus virtudes. No quiero saber mas que esto. ¿Cantan acaso mejor vuestros músicos, que el ruiseñor ó la alondra? Tambien nosotros tenemos nuestros conciertos y nuestras fiestas. ¡Cuán dichosos somos en algunos dias en que nos reunimos como una familia á la sombra de un bosque, en la orilla de un arroyo que murmura! Canta mi hermana, yo acompaño su voz con mi flauta, y nuestros cánticos resuenan á lo lejos. El eco se repite cerca de nosotros, nuestros padres, escuchándonos con placer, nos miran con una tierna sonrisa Nó, yo no iré con vos á la ciudad.

Reconoció entonces el cazador que era menester renunciar á llevarse al niño. ¿Qué te daré yo pues, dijo, para manifestarte mi agradecimiento? Toma esta bolsa llena de plata y oro.

¿Qué necesidad tengo de este dinero? Somos pobres, dijo el niño, pero nada nos falta. Si aceptara vuestra dádiva os habria vendido el corto servicio que he podido haceros. Seria esto muy mal hecho, mi madre reprobaria tal conducta: ella me ha enseñado que debemos socorrer á los que se encuentren en alguna necesidad, y que estamos obligados á hacer esto sin interés.

¿Pues qué te daré, amable niño? Es menester que aceptes alguna cosa, porque de otro modo me afligirás. ¡Pues bien, dadme ese frasco que llevais en vuestro costado, me parece qne han grabado sobre él unos perros que persiguen á un cabretillo.

Entonces le dió el cazador el frasco y el jóven pastor se fué saltando de alegría como un cordero que retoza.